



Cuando
seas libre **Maria de
la Pau Janer**



DESTINO

Cuando seas libre

Maria de la
Pau Janer

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1336

Título original: *Quan siguis lliure*

© Maria de la Pau Janer, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2015

© de la traducción del catalán, Ricard Vela.

ISBN: 978-84-233-4962-3

Depósito legal: B. 12.525-2015

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

En la sangre de Aroa existía un rastro de la de aquella mujer. Su madre, su abuela, su bisabuela..., ese rastro de sangre aparecía desde hacía muchas generaciones, como la continuidad de una cadena que nos marca el destino. Saberlo la hacía sentirse orgullosa. Habría querido pregonar su origen, dejarse llevar por la satisfacción de ser quien era, pero siempre se lo calló. A pesar de las sombras, había valido la pena jugarse el pellejo. Cuando entró en el furgón policial, de un empujón, no agachó la cabeza. Y si bajó la mirada, no fue porque tuviera miedo. Debía impedir que alguien pudiera adivinarle el latido de Sherezade en los ojos.

Unos días antes se había parado delante de un bar elegido al azar. Y allí cogió el autobús de una línea desconocida. Había aprendido a ocultar el rostro entre sus cabellos. Tras las gafas de sol, podía pasar inadvertida para los que sólo la conocían por una foto del periódico que no había captado nada de ella, ni su perpleja expresión ni sus dudas. Caminó entre edificios sin jardines. El sol le caía a plomo en la espalda. No se esforzó por mantener los hombros rectos porque hay aires de derrota que no es necesario disimular. Aquel dejarse ir por calles anónimas la aliviaba.

El bar estaba lleno de gente. El polvo se adhería a la superficie de las mesas. Cuando pidió un café, ni la miraron. Dejó que pasaran los minutos. El móvil interrumpió

la discreta puesta en escena que había imaginado. Con un vistazo, se aseguró de que nadie la observara. Al responder la llamada, tuvo que contener el temblor de su voz:

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—Lejos. No te preocupes.

—Ninguna distancia puede protegerte.

—Como siempre, dándome ánimos. —Aroa no pudo evitar la ironía.

—Te he visto en la tele.

—¿Ah, sí?

—Esto es una pesadilla. Deberías cambiar de idea.

—Está decidido —respondió Aroa de forma resolutiva.

—¿Qué vas a hacer?

—Desaparecer.

—¿Crees que será fácil?

—No tienes por qué saber nada más. Escúchame... —titubeó.

—Dime.

—Me prometiste que te ocuparías de eso.

—Lo haré. ¿Alguna instrucción más?

Aroa estuvo a punto de decirle que lo amaba, o que lo había amado en alguna ocasión. Que ahora le parecía llevar otra vida y que les sucedían cosas demasiado deprisa. Habría querido convencerlo de que nada había cambiado, de que aún se preocupaba por él, de que el afán por sobrevivir no había diluido los recuerdos. Tragó saliva y se ahorró las palabras. ¿Cómo habría podido decir las sin que pareciesen mentiras? Y murmuró:

—Tengo que colgar.

Cogió la bolsa y se fue al lavabo. Maldijo en silencio la estrechez del habitáculo. Se soltó la cola frente al espejo, haciendo un esfuerzo para no fijarse en la fatiga que se veía en su reflejo. El pelo, que mantenía su tonalidad rubia y rojiza, le cayó hasta los hombros. Sin pesadum-

bre, sacó las tijeras que le había dado Milena. Con un gesto apresurado, se lo dejó muy corto. No iba a abandonarse a la melancolía. Aquel cabello había atraído muchas miradas, pero ahora su objetivo era evitarlas. Si llevamos un aura de luz en la frente, no podemos pasar inadvertidos. Abrió la bolsa para sacar el tinte y lo mezcló con agua. Al extenderlo desde las raíces hasta las puntas, las facciones se le endurecieron. Había escogido un castaño oscuro que acentuaba la rigidez de los pómulos. Transcurridos unos minutos, se aclaró el pelo. El rostro del pasado se superpuso al que le brindaba el espejo. Volvió a ver esos ojos chispeantes, el movimiento de las mechadas rojas y doradas. La imagen que contemplaba era el rostro de otra mujer.

Sherezade tenía una rara belleza. Su rostro era anguloso, con las facciones marcadas. Párpados largos, ojos como almendras, nariz prominente. El cabello, rizado y negrísimo, le llegaba hasta la cintura, que se estrechaba acentuando la curva de las caderas y sus piernas de gacela. Sus senos cabían en la palma de la mano. Su hermana, Dunyazad, no se le parecía demasiado. La melena de la hija pequeña del visir era roja y dorada, una combinación que había heredado de una antepasada nacida en unas tierras en que la gente lleva el fuego escrito en el cuerpo.

Aroa salió como un gato, sin dejar rastro. Se escurrió por la puerta y tiró la bolsa en un contenedor. Con ella abandonaba una parte de sí misma. Caminó todo un día. No quería volver a utilizar el transporte público. Levantaba la cabeza como si olfateara el aire. Se decía que los olores de las calles deberían servirle para encontrar la dirección. Cualquier territorio puede convertirse en un laberinto cuando en él se esconden demasiadas sombras. En cada esquina le parecía intuir un rostro al acecho. En una plaza, un joven alzó los ojos del periódico que estaba leyen-

do cuando la vio pasar. Ella se imaginó que quería decirle algo. ¿Era una advertencia o una trampa? No esperó a averiguarlo. El cielo iba oscureciéndose mientras aceleraba el ritmo de sus pasos. Cuando llegó al edificio, casi corría. Era viejo, con una escalera sin luz. Alguien se había entretenido escribiendo obscenidades por las paredes.

Subió al cuarto piso y tocó al timbre de la puerta. Le abrió una mujer de aspecto desconfiado.

—¿Qué buscas?

—Me han dicho que me esperabas.

—No espero a nadie.

—Me han asegurado que me ofrecerías refugio.

—¿Quién te envía?

—Henry.

—¿Sigue vivo?

—Me manda para decirte que se encuentra fuera de peligro.

—Sígueme.

La acompañó por el pasillo, iluminado por una bombilla. Abrió la puerta de una habitación en la que sólo había un colchón en el suelo. Se tendió sobre él, encogida, sin hacer preguntas. Cuando la otra le llevó un tazón de leche, ella ya se había dormido.

El primero fue un día de sueño. Transcurrió entre neblinas. Se lo pasó medio dormida: la respiración inquieta, los murmullos entre sueños. Le llegaban ecos de palabras, el sonido de la hoja de una puerta. No había hallado un refugio silencioso. Era un lugar de paso, donde todo el mundo tenía prisa. Una estación que llevaba de una oscuridad a otra todavía más terrible, de ser alguien concreto a convertirse en una persona nueva. No reconoció ninguna de las voces. Sólo la de la mujer, imponiéndose por encima de las otras, investida de autoridad. Hablaban de ella:

—Es peligroso que permitas que se quede muchos días.

- Tiene que descansar.
- La compasión nunca ha sido una de tus virtudes.
- ¡Cállate, imbécil! No sabes de qué hablas.
- Sólo quiero protegerte.
- Sé hacerlo sola.

El segundo día fue de tristeza. La pena que había aprendido a reprimir se fue derramando. Las primeras lágrimas son las más difíciles. Le quemaban las mejillas. Las pudo contar: una, dos, tres... Y, después, como un torrente. Un aguacero de dolor que no entendía de moderación. Aroa lloraba por sí misma: las ilusiones perdidas, la añoranza de aquellos a los que dejaba atrás, la vida malograda. Pero también lloraba, sobre todo, por las demás. Los rostros de aquellas chicas le bailaban por el cerebro. Recordaba sus miradas. Yazar, Poniegú, Milena. Las tres destacaban entre muchas otras, pues el corazón hace sus elecciones. Llegó a conocerlas, aunque es mejor no saber las historias de los que tenemos cerca. Habría preferido ignorar su pasado, pero la añoranza lucha contra el olvido, incluso cuando queríamos diluir los recuerdos. No podría borrarlas de la memoria, aunque ellas maldijeran su nombre.

Había ido picando comida de una bandeja que la misma mujer que le había abierto la puerta le llevaba a la habitación. Pollo, pan, tragos de agua. Cuando la mezcla del sudor y las lágrimas se le hacía insoportable, se pasaba un pañuelo por la cara. El tercero fue un día de palabras. Avanzó por el pasillo. Las luces del alba vigilaban por entre las rendijas de las persianas. Entró en una sala y observó los cabellos grises y las arrugas en la frente de esa mujer, que estaba sentada en una butaca. El tono de su voz era seco:

- El tiempo lo cura todo.
- Eso es lo que dicen. —Aroa intentó controlarse.
- Es verdad. ¿Cómo está?
- ¿Henry? Supongo que como siempre: un seductor de cloaca. Lo sabemos, pero nos dejamos seducir.

—El pelo se me volvió gris por su culpa —se lamentó la mujer.

—A mí se me volvió el alma.

—¿Qué piensas hacer?

—Huir.

—Son muchos los que te buscan.

—Tengo un aspecto distinto.

—Con eso no basta.

—¿Cómo te llamas?

—Rebecca.

—¿Por qué me ayudas?

—Me lo ha pedido.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque te haya hecho mucho daño, Henry también desea protegerte.

—¿Protegerme? —se sorprendió Aroa.

—Te ha ayudado a hallar un refugio para los primeros días. Te hacía falta un lugar de paso y una persona discreta como yo. Soy una tumba. Te mandó aquí convencido de que yo no te echaría.

—¿Y cómo podía estar tan seguro de eso?

—Nos conoce —respondió Rebecca.

—A mí, seguro que sí. Conoce mis debilidades, dónde debe disparar para que los tiros hagan diana. Quererlo mata.

—¿Cómo os conocisteis?

—Hace de ello muchos años. Es una historia vulgar.

—No te creo.

—Los enamoramientos suelen ser de una enorme vulgaridad, sólo hace falta verlos con distancia. Te hablaré de Henry y de mí, de cuando éramos jóvenes y en mi pelo aún no lucía la plata. Yo tenía la piel tersa y unos ojos castaños como almendras. Vivía en un barrio de pescadores. Era huérfana de madre, y mi padre se pasaba las noches en la cantina. Tenía que ir a buscarlo de madrugada, cuando ya había perdido el conocimiento a causa del vino. Jugaba a las cartas y bebía hasta que el alcohol lo

vencía. Recuerdo su cabeza apoyada en una mesa, el hilo de saliva en la barbilla. Allí encontré a Henry.

—En un tugurio.

—Sí, en mi vida no ha habido palacios. Sólo los que me imaginaba de pequeña, antes de conocerlo. Henry nunca ha sido un príncipe. Era un pirata experto en mentiras, un contrabandista de tres al cuarto, un embaucador.

—Y te enamoraste de él.

—Hasta caer en el ridículo. Me perseguía por los rincones. Y cuando me consiguió, fui yo la que le seguí los pasos como una ramera. Las putas del puerto eran mejores. Conservaban el juicio y negociaban sin tapujos. Yo le ofrecí mi vida a precio de saldo. Lo habría dado todo a cambio de estar un rato a su lado. Me ponía celosa de otras mujeres y él me humillaba, pero esto sólo servía para someterme todavía más.

—Eras demasiado joven.

—La juventud no lo justifica todo. En una ocasión, me tatué su nombre en el brazo. Ni me enteré del ardor de la piel porque el fuego de la sangre era más intenso. Había escuchado aquel bolero que habla de un marinero rubio y de una mujer enloquecida que bebe cerveza. Corrí a enseñárselo, convencida de que lo conmovería con esta prueba de amor, pero todavía recuerdo su risotada. Parí un hijo suyo en casa de mi padre, donde nació muerto. Fue afortunado. Yo no habría sido una buena madre. Fui una aprendiz de puta para un solo hombre.

—Aún lo amas.

—No lo sé. La rabia y la pasión se parecen. El deseo se convirtió en odio, un sentimiento poderoso. No vivo en paz. Si consiguiera oír su nombre con indiferencia, podría reposar tranquila. De vez en cuando me llegan noticias tuyas. La policía me interrogó sobre tus negocios, pero no he sido capaz de traicionarlo.

—Por eso me has acogido.

—Y por dos razones más.

—¿Cuáles? — Planteó la pregunta con voz vacilante.

—Sé que te ha hecho daño y te preveo un futuro negro.

—Te doy pena.

—Nadie me da demasiada pena, pero me inspiras un poco de lástima. La única que aún soy capaz de sentir.

—¿Debería agradecértelo?

—Más bien debería hacerlo yo. ¿Cómo te llamas, princesa?

—¿No lo has leído en los periódicos?

—No los leo nunca.

—Soy Aroa, la perseguida.

Se callaron, obsesionadas ambas por la imagen de un mismo hombre al que recordaban en momentos distintos. Rebecca habría podido dibujar la imagen de un adolescente atrevido. De cuerpo nervudo y con unos músculos que se perfilaban bajo la ropa. Dispuesto a comerse el mundo, convencido de su propia fuerza. Aroa habría hablado de un hombre maduro, vigoroso, con arrugas en los ojos. Quizá más cauto o más lleno de recelos. La vida había pulido ciertas extravagancias suyas y había acentuado otras. Tenía pocos miedos, aunque había aprendido a no bajar la guardia. Se miraron con complicidad, y Rebecca le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Me marcharé. No quiero ser una carga. Sabía que éste era un lugar de paso. Tenía que recuperarme, y ahora partiré.

—¿Hacia dónde?

—Me iré al puerto. Saldré en la primera embarcación que encuentre. Esta ciudad es una trampa. Tengo dinero. Él me lo dio —respondió Aroa.

—No te será fácil. Huir nunca es sencillo. Desearía que tuvieras suerte, pero es probable que te vea alguien, o que te delaten, o que te esperen en la esquina de esta misma calle.

—Tengo que escapar. No puedo acabar en la cárcel.

—No conozco a nadie que lo deseé...

- Mi caso es distinto.
—¿Por qué?
—Yo nací en la ciudad de El Jadida, en un harén.
—¿Y qué?
—No quiero morir en una prisión cerca de otro mar.

Las dos hermanas se querían. Sherezade velaba por la más joven y Dunyazad seguía los consejos de la mayor. Compartían el mismo aposento, lleno de velas y de almohadones. Pero hacía varias noches que no podían conciliar el sueño. Inquietas, escuchaban los pasos de su padre. En el reino se respiraba miedo. Las mujeres mayores temían por la vida de sus nietas, y resonaban los lamentos de las madres. Mientras Shahriar desfloraba a una joven, el verdugo esperaba el alba. ¿Cómo se unen la vida y la muerte? ¿Cómo puede empezar el día anunciando la oscuridad? Las sombras de una existencia truncada arrojaban malos presagios. ¿Hasta cuándo duraría el espanto? ¿Cuáles son los límites de la paciencia de un pueblo? Sherezade se hacía preguntas mientras espía el sufrimiento del gran visir, cuyo rostro ocultaba entre las manos, sometido al destino de tener que obedecer los designios de un loco. Cuando el monarca mandara a buscarlo, debería acompañar a una nueva víctima al martirio.

A continuación, contempló el rostro de su hermana, adormecida a su lado. Rendida por la tensión con la que vivían, había bajado la guardia. Sherezade le acarició las sienes con un masaje suave. Era incapaz de alejar la imagen de las doncellas condenadas sin culpa. El rey está enfermo, pero la muerte sólo trae más muerte.

Las luces del alba habían ido adquiriendo consistencia. El blanco se hizo luz para posarse en las cosas. La brisa de la mañana anunciaba una leve esperanza. Tenía que llegar al puerto y marcharse. Se duchó. El agua le recorrió el cuerpo llevándose la suciedad, el jabón y los restos de tinte castaño. No se secó el pelo, que se peinó hacia atrás con

los dedos. Se vistió deprisa: unos pantalones, una camisa. Rebecca se quedó mirándola antes de decirle adiós. Apoyó las palmas de las manos en sus hombros y murmuró:

—Saldrás de ésta. Sea como sea, vencerás al miedo.

—¿Qué quieres decir con esto?

—No es tan importante lo que nos pasa, sino cómo lo vivimos. Lo he descubierto con los años. Si alguien me lo hubiera contado antes, la vida habría sido distinta.

—¿Me estás preparando para vivir con resignación en una cárcel? —Aroa disparó la pregunta como un tiro.

—No. Intento ayudarte para lo que venga. Ni tú ni yo sabemos lo que te espera. En cualquier caso —sonrió de una forma casi tierna—, nacer y morir junto al mar es una suerte.

Se fue deprisa. No quería que le adivinara el pánico que se le veía en los ojos. Tampoco podía demostrarle gratitud, porque cualquier asomo de sentimiento era una amenaza. El peligro de hacerse pequeña, de encojerse en el suelo, de dejar de luchar. No quería perder el coraje que le quedaba en las venas. La calle se despertaba a la vida. Circulaban coches, furgonetas, gente. Hombres y mujeres con la cabeza ocupada por las inquietudes de una supervivencia elemental. Ella debía superar una amenaza. Y no podía entretenerse pensando en ésta. Tenía que moverse. Metió la mano en el bolsillo para comprobar que ese papel, el único vínculo con la libertad, seguía ahí. En él había escritos un nombre y una dirección del puerto. Era la vía para encontrar a un marinero que ayudaba a huir sin plantear preguntas. Henry le había dicho que podía confiar en él. Eran viejos conocidos, compartían secretos de éstos que unen a los hombres cuando todo parece adverso.

Atravesó la calle con el semáforo en rojo y un conductor la insultó desde una ventanilla. Era incapaz de contener su impaciencia. Pero si quería pasar inadvertida, debía sosegar. Se volvió. Fue un movimiento instintivo. Tras la ventana del piso en que había pasado los

últimos días, una sombra la observaba. Era Rebecca, que cruzaba los dedos para que aquella muchacha, a la que se sentía cercana, consiguiera salir del aprieto. Aroa le había despertado un ánimo que había permanecido aletargado: el deseo de vivir, la complicidad, la fuerza.

Fue una cuestión de segundos: se agachó para atarse el cordón de la zapatilla deportiva. Podía oler el mar. Aquella intensidad marinera que no tardaría en salirle al encuentro. Y los vio. Dos hombres de apariencia corriente. Estaban de pie, absurdamente inmóviles. Su quietud contrastaba con la prisa de la gente. Dedujo que la habían localizado. Sólo unos pocos metros la separaban del puerto. Detrás de ella, unos perros preparados para la caza. Delante, el horizonte. Empezó a correr. Era una huida desbocada que la obligó a saltar vallas, esquivar vehículos, eludir a los transeúntes para no chocar con ellos. Los hombres reaccionaron con rapidez. Marcaron un número en un teléfono. Ella no quiso pensar, porque no era capaz de reconocer que las puertas de su huida se estaban cerrando y que el mar estaba cada vez más lejos. Tenía la velocidad de las liebres, la desesperación de los perseguidos. Corría como cuando era una niña que atravesaba el patio de casa sin cruzar la frontera prohibida, donde vivían los hombres. Había crecido en un mundo de mujeres. La astucia y el ingenio habían sido claves para hacerse un sitio en el reducido espacio. Se movía por la ciudad como una fiera que se dejaría la piel antes de permitir que alguien la acorralara.

En medio del camino apareció una furgoneta. Estuvo a punto de evitarla, pero, en el último segundo, en un raptó de inspiración, saltó a su interior. Se encontró rodeada de sacos llenos de fruta y de legumbres y se ocultó entre las zanahorias, las naranjas y las sandías verdes. El vehículo avanzaba poco a poco, con una lentitud que casi ponía enfermo. Podía ver la espalda del conductor, una mano al volante y la otra distraída con el dial de la radio. Sonaba una música alegre, superficial como una mañana

de verano de la infancia. Era una melodía que acariciaba la piel, sin pretensiones, con una letra que se grababa en la memoria sin quererlo. Se dijo que no la olvidaría nunca. ¿Cómo puede algo tan inocente volverse siniestro? Igual que el rostro del niño que, desde un balcón, agitó la mano al verla. Si tenía suerte, se dijo, aún podría huir. La furgoneta debía de llevar mercancías para algún barco. Entraría en la embarcación, aunque ignorase su destino, el nombre de los marineros y la duración del trayecto. Y cuando viera cómo se empequeñecía la tierra, podría reírse del sufrimiento. Antes de separarse, Henry le había preguntado:

—¿Estás segura de que quieres marcharte?

—¿Me queda otro remedio?

—Podrías entregarte —hablaba con suavidad—. La condena sería menor.

—No me conoces —le dijo Aroa, taxativa.

—¿Por qué lo dices?

—Las mujeres de mi familia no lo habrían hecho jamás.

—No me hables de gente que no conozco, ni de otros tiempos. Hablemos de ti.

—No te esfuerces. Te gana la mala conciencia.

—¿Qué?

—Me persiguen por tu culpa.

—Quiero ayudarte. ¿No lo ves?

—Después de haberme empujado al fondo del pozo, no te será fácil rescatarme. Podrías suponerlo.

—Hablé con Yazar, Poniegú y Milena.

—¿Lo has hecho? —La voz de Aroa se crispó—. ¿Les has dicho la verdad?

—Sí.

—¿Cuál fue su reacción?

—Llorar.

En su mente se hizo el silencio, pero solamente durante unos instantes; las lágrimas de aquellas mujeres eran la sal del mar. Entretanto, la furgoneta se paró. El

conductor había hecho un gesto que ella no vio. Dos hombres la sacaron de su escondrijo, zarandeándola violentamente. Lo había intuido desde el principio, cuando Rebecca le dijo adiós desde la ventana. Un policía la empujó contra la pared, y una mujer de constitución masculina la cacheó en busca de armas. Una voz pronunció su nombre. Fue como si la escupieran a la cara. ¿Puede una palabra dar tanto asco?, se preguntó. Recordó las cabelleras de las princesas de El Jadida. Cortarse la suya fue un error. Habían oscurecido los rayos de sol que la iluminaban. Todo eran sombras.